

CAPÍTULO III

LOS CAMINOS IMPUESTOS

El carcelero es un prisionero más.
Bamileké

DESDE LOS ALBORES DEL CAPITALISMO el mundo se polarizó con sus rasgos y constantes históricas. El capitalismo mundial, posteriormente denominado como Norte, se reservó las claves de acumulación, crecimiento y desarrollo, con el predominio o rectoría de la división internacional del trabajo que se configuraba. Mientras, el posteriormente denominado como Sur era obligado a asumir una posición periférica y dependiente en ese marco.

Sin embargo, esa división no es homogénea en cada una de sus partes, las diversas regiones del Sur –y también del Norte– tuvieron peculiaridades en su inserción al sistema. No hay parámetros idénticos para los países subdesarrollados en África, Asia y América Latina.

En África Subsahariana, las fórmulas de dominación colonial se establecieron de forma tardía si se compara con América Latina. Mientras esta última incorporaba a sus entidades nacionales, en mayor o menor medida, el factor africano y europeo al indígena y en el siglo XIX se independizaba de sus antiguas metrópolis, los pueblos subsaharianos enfrentaron, de forma brutal a finales de ese siglo, –etapa monopolista– la conquista y colonización. En esos años, las potencias se disputaban el reparto económico y territorial del mundo, África debía ocuparse antes que otro país lo hiciera. En última instancia, eso determinó su “entrada” al sistema capitalista mundial, así como su

lugar y papel en la división internacional del trabajo que sería prácticamente insignificante, en comparación con otras regiones del Sur.

Solo después de la Primera Guerra Mundial, las metrópolis europeas comenzaron a valorizar las colonias africanas. Tal vez, en cierta medida, esto explique las serias dificultades que debieron enfrentar los países africanos en las condiciones de independencia, sobre todo por la interrelación peculiar de una tradición “truncada” y una modernidad incompleta y periférica.

Hagamos un alto: también en lo concerniente a la modernidad y la tradición se ha impuesto la visión eurocéntrica. Una aproximación a ambas categorías tiene dos niveles de análisis: en el plano teórico y en el práctico.

En el plano teórico, según Herrera (2007), la versión oficial de la modernidad se presenta como un proyecto liberador, destructor de viejas supersticiones, autoridades y tradiciones, y constructor de una epistemología que, mezclando racionalismo y empirismo, posibilita al ser humano un creciente progreso mediante la búsqueda del conocimiento y la verdad. La búsqueda de un conocimiento que permita el dominio de la realidad natural, la psique individual y las fuerzas sociales, todo ello con miras a emancipar y maximizar el potencial humano sería el gran eje del accionar moderno.

En esta concepción eurocéntrica de modernidad, las periferias no aparecen. Por supuesto, este lenguaje y los acercamientos epistemológicos han estado en correspondencia con las necesidades de la burguesía europea en ascenso.

Concluye Herrera que, enfrentados a este panorama, la única manera de plantear estos temas sin caer en el eurocentrismo que domina su discusión pasa por replantear la noción misma de modernidad, pues atenerse a su visión usual, que considera tan solo sus manifestaciones metropolitanas, nos obliga de antemano a concluir o bien que las periferias no participaron en la modernidad, o bien que su participación se reduce a haber estimulado o reforzado una modernidad que nunca surgió en ellas mismas.

Este autor define la modernidad como un proceso único, pero articulado alrededor de dos polos distinguibles, aunque interdependientes. El primero y único cubierto por la versión usual es el metropolitano. El segundo, bastante menos estudiado como polo activo de la modernidad, es el colonial.

Por lo que una primera conclusión *a priori* salta a la vista: debemos diferenciar la modernidad en el centro y en la periferia, pues con independencia de la omisión en el concepto de la modernidad del papel y del lugar de las últimas, estas han desempeñado un lugar destacado y, en la práctica, sus acciones y aspiraciones, tal vez, fueron

más revolucionarias y consecuentes con los paradigmas de la modernidad europea, pues en esas regiones –las coloniales– persistieron y se hicieron realidad la lucha por la libertad.

Rodolfo Stavenhagen (1991)¹ y Fernando Abaga Edjang (2005, 92) coinciden en que la modernización es un proceso a través del cual una sociedad agraria se transforma en una sociedad industrial, mediante el uso y la aplicación del conocimiento científico y la tecnología. Incluye tendencias como: industrialización, urbanización, niveles crecientes de alfabetización, riqueza, educación, movilización social y estructuras ocupacionales más complejas y diversificadas.

Como se observa, la modernidad está concebida en función de seguir los pasos de Europa. Entonces, ¿cómo podemos definir la modernidad y la tradición para África Subsahariana?

Lo moderno (la modernidad) abarca la impronta de la acción colonizadora, de marcado carácter capitalista, referido a las relaciones de producción de este tipo –en función de los intereses metropolitanos– y las consecuencias que generan en la estructura sociopolítica del entorno en que actúan, y en las conciencias. Por lo que estamos en presencia de una modernidad periférica.

En África Subsahariana, la *modernidad* –sinónimo de dominio colonial– condujo a serios problemas estructurales y a una posición desventajosa en la división internacional del trabajo.

Para Gao Xian² (citado en Abaga Edjang, 2005: 90), “[...] la tradición es lo que la sociedad hereda de su historia, que forma las normas de moralidad, los conceptos de valor, los modos de comportamiento, los métodos de razonamiento, los estilos de vida, las costumbres y los hábitos, las ideas estéticas, etcétera”.

Entonces, la tradición (lo tradicional) se concibe como la permanencia de lo autóctono, en su diversidad y sus particularidades, con su propia dinámica, que se manifiesta a través de la actividad económica, las estructuras tradicionales de gobierno, la conciencia de pertenencia a un grupo o a una etnia, la reafirmación de su cultura, de su lengua, etcétera.

Esta realidad interactúa y se yuxtapone al engranaje moderno, lo que impacta en los propios rasgos de la tradición precapitalista y condiciona una tradición *diferente* en su interacción con la modernidad, pero manteniendo como ejes básicos o bien la tradición *más pura* de los sectores desvinculados de la égida capitalista, o bien una tradición que va incorporando –a través del acontecer histórico– peculiaridades de la modernidad periférica.

1 Ver: <<http://www.unesco.org/issj/rics157/stavenhagenspa.html>>.

2 Xian, Gao 1999 “Culture and Development: Macro-Cultural Reflexions on Development” (Culture Link Network) p. 2.

En África Subsahariana, la tradición se mantuvo en desventaja, pero continuó desempeñando un importante papel, no solo en la supervivencia socioeconómica, sino también en los valores propios y la identidad de esos pueblos. Sin embargo, aunque en determinadas áreas o pueblos se pueda distinguir –dividir– lo moderno de la tradición, de forma general interactúa una sobre otra. Esta interacción influyó en todos los órdenes de la vida.

Ferrán Iniesta (citado en Morales, 2009) señala: “Ha habido cambios en las mentalidades, en los mecanismos institucionales, en los referentes míticos en casi todas las culturas negroafricanas, pero perviven los cimientos de una sólida cosmovisión tradicional”.

Esta realidad de la intervencionalidad y particularidades de lo moderno y lo tradicional en África Subsahariana “[...] que podría muy bien asociarse a cualquier cultura contemporánea, aunque probablemente con una base mucho más difuminada en la sociedad occidental, tiene una significación altamente singular en el caso africano” (*ibíd.*)³.

La capacidad africana para adaptar los términos a la realidad concuerda, según Cheikh Anta Diop, con su habilidad para “[...] construirse un nicho específico e irrepetible” en la esfera internacional. Parece, por tanto, que al igual que lo ha hecho a lo largo de la historia, África vivirá su revolución particular, una revolución diferenciadora llevada a cabo de una manera más sosegada, más africana (*ibíd.*).

Esta realidad es reflejo de las características periféricas de las sociedades africanas, pero también expresión de la cultura de resistencia de dichas sociedades.

A continuación, se podrá percibir cómo se produjo esa interconexión de la modernidad y la tradición.

OCUPACIÓN: CONFLICTOS Y MIGRACIONES

En la Conferencia de Berlín (1984-1985) las potencias europeas se repartieron el continente africano, pero la dominación real fue muy difícil; en determinadas regiones, solo se concretó en la segunda década del siglo XX.

En Berlín se reunieron doce naciones europeas, además asistieron representantes de Estados Unidos y Turquía, no se invitó a ningún africano. Los principales acuerdos fueron:

3 Iniesta concluye que la sociedad africana sigue siendo esencialmente tradicional, sigue manteniendo sus religiones, sus jerarquías, sus instituciones o su mitología integradora, bases que realmente la vertebran. Considera que las críticas internas a la modernización, el abandono por parte de las elites de dicho paradigma y el absoluto aferramiento a los modos de comercio y a la economía de subsistencia frente a al paradigma productivista son buenos ejemplos de ello.

- Fundación del Estado libre del Congo bajo la dirección del rey de Bélgica⁴.
- Libertad de comercio en el río Zaire, en el Níger y en el río Zambezi⁵.
- Solo podrían tener territorios coloniales quienes los ocuparan con tropas. Es decir, el control de la costa no implicaba una ocupación efectiva del territorio⁶.
- Abolición de los derechos aduaneros en la entrada de productos. Este acuerdo también favoreció a las potencias más poderosas.
- Obligación de respetar los tratados de protectorado con los soberanos africanos.

Como se observa, en primer lugar, se prescindió de las condicionantes geográficas, históricas y jurídicas, y se legalizó la ocupación efectiva de los territorios africanos. En segundo lugar, la ocupación se aceleró: era “necesario” ocupar lo más rápido posible los territorios africanos. En tercer lugar, ya desde ese momento los objetivos metropolitanos, que se concretaron en una situación de conflicto generalizado en todos los territorios, eran económicos.

Es por ello que en los conflictos del área, ayer y hoy, los intereses sobre las posiciones estratégicas de determinados países, como el Congo, y sobre los recursos naturales han sido una constante de los conflictos y la actuación de los actores extrarregionales.

La conquista –y posterior colonización– se convirtió en un conflicto *bilateral* permanente entre colonizador y colonizado, entre lo “moderno” y lo “tradicional”. Actuó en dos sentidos: por un lado, hacia la unidad –superación de viejos conflictos internos– para enfrentar al conquistador; por otro, en la exacerbación de viejas pugnas, utilizadas por los europeos para dominar los territorios –divide y vencerás–. Otros conflictos se mantuvieron. El colonialismo ahogaba, o más bien retenía, y ponía y alentaba viejas pugnas y hacía nacer otras.

El poder colonial agregó factores de escalamiento en los conflictos del área. El establecimiento de fórmulas capitalistas –en función

4 Se confería el territorio del Congo, con sus inmensos recursos naturales y su estratégica posición, a un país de “segundo” orden. De esta manera, se evitaba el enfrentamiento entre los franceses, los ingleses y los alemanes.

5 Como se observa, se excluyó el monopolio de una potencia y se favoreció a los países más poderosos –fundamentalmente, Gran Bretaña, Francia y Alemania– al acceso y explotación del interior del continente.

6 Hasta entonces había prevalecido la doctrina que establecía que la ocupación de la costa legalizaba la del interior, sin que fuera necesaria su ocupación inmediata. Este acuerdo desató la carrera colonial desde las zonas costeras al interior, con el fin de controlar la mayor parte de territorio posible.

de intereses foráneos— que coexistían y se interrelacionaban con las estructuras tradicionales sería fuente de múltiples génesis de conflictos en todos los planos, en los nuevos países, con sus nuevas fronteras. Paralelamente, la contradicción colonia-metrópoli se establecía en un primer orden de prioridad⁷.

El nivel de conflicto generalizado en toda la región asumió diversas características, según el grado de centralización de las comunidades (si los grupos más centralizados estaban en pleno desarrollo o en decadencia) y el nivel de dependencia y sometimiento de unos grupos sobre otros (el liderazgo y la influencia europea).

Aún así, en esta etapa, en todos los casos, a través de diversas tácticas, prevalecieron la oposición armada y las rebeliones, así como los movimientos migratorios y otras formas de resistencia indirecta a la agresión militar y económica de los europeos. Pero, precisamente, a partir de las particularidades de cada caso variaron las tácticas de alianza, soborno, promesas, invasión, etc. de los colonialistas.

Entre 1880 hasta 1910, el estado de inestabilidad, violencia y desorden se vio incluso intensificado con respecto a etapas anteriores. Los desplazamientos humanos de carácter militar o de autodefensa se contabilizaban en millones.

La respuesta de los pueblos africanos a la acción europea fue mayoritariamente la lucha armada contra el colonizador⁸.

La resistencia trajo aparejada una mayor actividad militar a nivel continental. Los desplazamientos humanos de carácter militar se contabilizaban en millones. Los hombres más fuertes y jóvenes integraban los ejércitos africanos. Entre los más conocidos de África Occidental, encontramos: el de Samori Touré, que en 1887 integraban entre 30 mil

7 Como hemos analizado en el Capítulo I, deviene esencial aclarar que la colonización —factor externo en sus inicios— se convertiría en componente interno de los conflictos, a partir de la transferencia de nuevas estructuras y fórmulas de poder y explotación en los países sometidos, que dieron paso a nuevas realidades y llegaron a formar parte del entorno de estos pueblos.

8 Las respuestas “oficiales” de los gobernantes africanos a los apetitos territoriales europeos fueron contundentes; sobresalen las de Prempeh I de Asante en 1891; la de Menelik de Etiopía en el mismo año y la del sultán de Sokoto de mayo de 1902 que advertía: “entre nosotros y ustedes no hay tratos, excepto en tanto que entre musulmanes y no creyentes [...] Guerra, tal como Dios todopoderoso nos ha ordenado” (Bertaux; 1972, 49). En todo el territorio al sur del Sahara se desató una resistencia violenta al colonizador, salvo excepciones. Michael Crowder (1987: 47) al referirse a la zona de África Occidental, apunta: “[...] una buena mayoría de los Estados de África Occidental, grandes y pequeños, así como la mayoría de las personas que vivían en sociedades segmentarias se opusieron a la ocupación europea por la fuerza [...] Estas sociedades emprendieron lo que, en efecto, fue una guerra de guerrillas contra los ejércitos invasores, realmente la mejor táctica que pudo haber sido adoptada en esas circunstancias”.

y 35 mil efectivos; el de los yorubas, que en 1892 contaba con alrededor de 7 mil y 10 mil hombres, y el Nupe, que llegó a integrar cerca de 25 mil o 30 mil hombres (Bayegueye y Adu Bohem, 1987: 143).

En sus acciones, el conquistador exacerbó o aprovechó antiguas pugnas. Algunas entidades centralizadas vieron su resistencia socavada por el descontento de sus súbditos, alentados ahora por el colonialismo, que en muchos casos llevó a la alianza de determinados grupos con los europeos. La instigación de unos pueblos contra otros fue sistemática, lo que provocó guerras y contradicciones internas aun mayores, que tuvieron como consecuencia el traslado de pueblos enteros⁹.

Algunos grupos se enfrentaban no solo a los europeos, sino también a otras entidades y confederaciones, o a pugnas internas por el poder, que agravaban aún más la inestabilidad de algunas áreas¹⁰.

Las migraciones como fórmula y método de resistencia fueron generalizadas durante la conquista y la ocupación coloniales. Según Bayegueye y Adu Bohem (1987: 167):

Un método de resistencia muy extendido consistió en la migración masiva como protesta contra la dureza de la dominación colonial". Esta práctica fue utilizada principalmente por la población rural y de las zonas del interior, cuyos contactos con los europeos habían sido más recientes. La represión y la presencia militar hicieron de esta una práctica usual de oposición¹¹.

9 En la derrota ashanti a manos británicas en 1874 y la posterior desintegración del Imperio desempeñó un papel esencial la incitación británica a la separación de los grupos miembros de la Unión. Para profundizar, puede consultarse Bayegueye y Adu Bohem (1987: 155).

10 En este sentido, se destacan los enfrentamientos de Tofa, el rey del reino Gun de Porto Novo, que hacía frente a tres enemigos diferentes: los yorubas por el noreste, los reyes Fon de Dahomey en el norte y los británicos en la costa. También, desde el principio de su reinado, Ahmadu Bamba se vio forzado a luchar en tres frentes: contra sus hermanos que impugnaban su autoridad; contra algunos de sus súbditos –los bambaras, mandingas, fulanis y otros–, y contra los franceses (Adu Bohem, 1987: 33).

11 Según A. Isaacman y J. Vansina (1987: 241), el carácter clandestino de estos movimientos impide cualquier afirmación exacta sobre su cuantía, pero todo indica que eran de gran escala. En la zona de África Austral: "Los registros oficiales británicos indican que más de 50 mil africanos que vivían en el valle del Zambeze huyeron a Rhodesia del Sur y al territorio Nyasa entre 1895 y 1907".

Lo mismo ocurrió con grupos de ovambos y bakongos en Angola, y de shonas y chewas en Mozambique. Para evitar pagar impuestos, un elevado número de tongas y tumbukas en el territorio Nyasa emigraron de la cuenca del Rukura huyendo del control británico. La creación de enclaves autónomos de comunidades de emigrados que escapaban del control colonial en zonas deshabitadas o desérticas constituyó con cierta frecuencia una variante de retirada entre los bembas (Pélissier, 1969: 76). Crowder coincide en este punto, y reafirma que muchas personas trataron de evitar la fuente de sus aflicciones por medio de la migración y otras formas de evasión;

Al margen de otros factores, las migraciones de millones de africanos, impuestas por la fuerza del colonialismo, significaron un paso más hacia el subdesarrollo ya que se abandonaron las tierras, los poblados y, en su mayoría, los migrantes partían de cero en los nuevos lugares de asentamiento, a lo que se sumó que, en muchos casos, fueran también sometidos en breve a la explotación colonial.

El proceso de conquista y las resistencias se fueron escalonando diacrónicamente y en diferentes espacios, afectando los niveles técnicos y productivos de la economía tradicional. En las zonas costeras –ocupadas mucho antes por los europeos– y en la medida que el dominio colonial se imponía en diversos territorios, se instrumentaba y desenvolvía la actividad económica en función de los intereses capitalistas; fundamentalmente, la exportación de maní (1870), de cacao (1891), del oro de Costa de Oro (1879), entre otras, y la construcción de puertos y ferrocarriles que aseguraran la actividad de exportación a nivel infraestructural.

La solución de los conflictos en esta etapa –entre 1880-1945– se lograba esencialmente por la fuerza –entre Europa y África– y por acuerdos “entre caballeros” para saldar intereses entre las grandes potencias. Los conflictos puramente internos se manejaban en función de intereses foráneos. Otras contradicciones fueron insolubles, sobre todo en el marco europeo, y terminarían dando como resultado las dos guerras mundiales.

Después de cuatro siglos de trata, se inició otra etapa: la dominación territorial total, con la desarticulación y subordinación de la economía tradicional a la capitalista, lo que motivó la inserción de dos tipos de relaciones de producción: la capitalista *periférica* y la tradicional. Esta relación traería consigo cambios en las estructuras socioeconómicas y los movimientos poblacionales tradicionales, y el surgimiento de nuevos tipos de migraciones, fundamentalmente a partir de las necesidades del capitalismo europeo y del colonato blanco.

La economía africana se insertaba al circuito comercial metropolitano y, como parte de este, a la economía mundial, sin que las relaciones capitalistas fueran predominantes en toda la región: su aporte se circunscribía, esencialmente, a productos “naturales” para la exportación (como el caucho, el marfil y los cultivos tradicionales) y a los del subsuelo, principalmente, en África Meridional.

La Primera Guerra Mundial y la división del mundo en dos sistemas –triunfo de la Revolución de Octubre– aceleró la escalada de los conflictos entre colonias y metrópolis. La superexplotación del mundo colonial por la crisis de posguerra y la de 1929-1933 y la nueva realidad

además, insiste en que gran número de habitantes de los territorios ocupados por Francia en África Occidental emprendieron lo que A. I. Asiwaju (citado en Crowder, 1987: 327) ha calificado como “emigraciones de protesta” hacia otros territorios.

soviética actuaron en ese marco global como elemento constante de escalamiento de contradicciones hacia la lucha por la independencia.

EL COLONIALISMO EN ACCIÓN

La ocupación colonial no puso fin a la resistencia violenta, aunque la disminuyó considerablemente¹². Paralelamente, África se vio envuelta en conflictos que respondían a los intereses coloniales. Tales fueron los casos de las dos guerras mundiales; en ambas, las economías africanas se pusieron en función del apoyo a las actividades de las metrópolis, al tiempo que miles de africanos fueron enrolados para combatir al lado de sus “amos”¹³.

Esta situación creó serios problemas debido a la escasez de mano de obra tanto para la economía de subsistencia como para la capitalista; además, desató contradicciones que, en ocasiones, produjeron sublevaciones y migraciones para eludir la contratación forzada. De nuevo, millones de hombres en edad laboral eran obligados a abandonar la producción.

Durante la segunda conflagración mundial, los africanos continuaron aportando miles de hombres para actividades bélicas, que nada tenían que ver con sus intereses¹⁴.

En esos años, la mano del colonialismo sofocó cualquier alternativa de conflicto. Sin embargo, se acumulaban contradicciones que posteriormente resurgirían. Al mismo tiempo, las migraciones se mantenían hacia el interior y entre países, tanto de carácter tradicional como asociadas a las producciones coloniales. En muchos casos, esos movimientos de fuerza de trabajo se desarrollaban de manera

12 Aun así, se mantuvieron situaciones de enfrentamiento directo como el movimiento Maji Maji entre julio de 1905 y agosto de 1907, en la zona algodонера del sureste de Tanzania, contra los alemanes. Se produjo un desplazamiento de las comunidades fugitivas de los lugares donde ya los poderes coloniales habían establecido el pago de impuestos y otras formas de explotación, como fue el caso de los yakas, que lucharon por más de una década contra el trabajo forzado. En su momento culminante, movilizaron a más de 5 mil trabajadores y “[...] sostuvieron una larga guerra de guerrillas desde sus bases, situadas en lo profundo de las selvas” (Isaacman y Vansina, 1987: 200).

13 Durante la Primera Guerra Mundial más de un millón de africanos se vieron envueltos en campañas militares en Europa y África. La mayoría fue reclutada por la fuerza –práctica más generalizada en las colonias francesas–. Más de 2,5 millones –mucho más del 1% de la población total– estuvieron implicados en *trabajo de guerra* de algún tipo (Crowder, 1987: 324-25).

14 “En mayo de 1940, el Alto Comando Francés había incluido alrededor de 80 mil efectivos africanos. El reclutamiento en las cuatro colonias británicas de África Occidental alcanzó la cifra de 169 mil hombres para 1943” (Davidson, 1978: 202-203). En esos años se desataron con fuerza el trabajo forzado, las contribuciones en dinero y trabajo y otras prácticas.

Para profundizar puede consultarse a Entralgo (1974: 85-94).

obligatoria para satisfacer las necesidades de trabajo de la minería y los productos agrícolas exportables. En ese escenario, las que podrían calificarse como “migraciones vinculadas a la modernidad” se desenvolvían en detrimento de las de carácter tradicional.

Los movimientos poblacionales subsaharianos continuaban tributando a la acumulación de las potencias europeas, mientras la economía tradicional era la gran perdedora. En este plano, también se desataba una desestructuración socioeconómica que, ajena a las necesidades propias, tributaba al desarrollo de otros. Aunque se efectuara en el propio territorio de los africanos, el camino hacia el subdesarrollo de la región se profundizaba.

Para analizar los procesos migratorios, la teoría neoclásica¹⁵ combina la concepción microestructural de la toma de decisión individual con la contraparte macroestructural¹⁶.

El predecesor directo de la teoría neoclásica fue Arthur Lewis, con su estudio sobre el desarrollo económico con ilimitado suministro de fuerza de trabajo (*Economic Development with Unlimited Supply of Labor*), que propone un modelo de desarrollo en economías duales donde las migraciones desempeñan un papel esencial.

A partir del análisis de la economía dual en países en desarrollo en la postindependencia, Lewis aborda la relación que se establece entre la economía moderna y la tradicional, y el papel de la migración en ese ámbito. El modelo migratorio es crucial en el desarrollo de la economía como un todo, donde se explota el potencial del crecimiento

15 Considerada la primera teoría que merece ese término por algunos estudiosos de esta temática, como Joaquín Arango.

Los neoclásicos señalan que la migración es el resultado de una desigual distribución geográfica del trabajo y del capital, que se refleja en las disparidades de ingresos y bienestar. En algunos países o regiones, la fuerza de trabajo es relativamente escasa y el nivel de los salarios correspondientes es alto, mientras en otras ocurre lo opuesto. Como consecuencia, la persona tiende a ir a buscar trabajo donde los salarios son altos (Todaro, 1969). De esta forma, los migrantes contribuyen a la redistribución de los factores de producción y al igualamiento de los salarios entre los países a largo plazo, compensando las desigualdades originales, por lo que la migración conducirá, alternativamente, a la eliminación de las diferencias salariales, y esa desaparición puede conducir, a su vez, a un vuelco en el cese de las migraciones.

Asimismo, los economistas clásicos consideran que el libre mercado, acompañado por factores de movilidad interna, expresa el significado realista de la especialización para prevenir o reducir la migración internacional.

16 La versión micro establece que la causa principal de la migración es el resultado de la toma de una decisión individual (actor racional) en función de buscar el incremento de su bienestar, moviéndose a lugares donde la remuneración de su trabajo sea mayor que la que recibe en su actual residencia. En el nivel macro, presupone que es una redistribución espacial de los factores de producción correspondientes (en respuesta) a las diferencias relativas de los valores, fundamentalmente a los salarios diferenciados.

inherente en economías dispares. Concluye que ambos sectores reciben grandes beneficios a partir del intercambio.

Sin embargo, como la práctica migratoria demostró en África Subsahariana, los beneficios de esa movilidad obligada no tributaron al desarrollo de la economía tradicional, sino a la moderna. Aunque favoreció a la segunda, los parámetros de crecimiento y desarrollo se establecieron en función de la acumulación de otros. La deformación tanto económica como del mercado de fuerza de trabajo ha sido uno de los aspectos negativos que han tenido que enfrentar los países bajo las condiciones de la independencia.

NUEVAS REALIDADES, NUEVAS CONTRADICCIONES

La economía capitalista creó su infraestructura; aceleró el crecimiento del sector agrario y la explotación minera; introdujo la economía monetaria y la comercialización de la tierra, entre otros aspectos. Esto implicó un aumento de la urbanización y el incremento de la población africana¹⁷, así como el incipiente surgimiento de nuevas clases y sectores sociales. Este progreso económico, si bien tuvo algunos efectos positivos, actuó a la vez negativamente, en tanto se convirtió en embrión de futuros problemas estructurales –dualidad económica y favorecimiento de una de las partes–, pues “[...] las numerosas economías autosuficientes africanas fueron o bien destruidas o bien transformadas y subordinadas” (Rodney, 1981: 372).

La agricultura tradicional fue favorecida solo donde se puso en función del capitalismo (comercio colonial o economía de trata) para obtener productos primarios de obligatorio cultivo. La conexión interafricana se rompió: ahora cada territorio se vinculaba directamente con su metrópoli.

El africano, *sui generis* en su acepción campesina, fue desvinculado de la tierra, no de la propiedad, pues en la mayoría de los países africanos la propiedad era comunal. Por lo que se desvincula al productor, de forma violenta, de los medios de producción, pero, a diferencia de la acumulación originaria interna en Europa, sobre todo en la Inglaterra de los cercados, esa desvinculación no se ejecuta por la necesidad del desarrollo de las fuerzas productivas y el surgimiento de sectores o clases burguesas, sino por las necesidades del capital metropolitano.

17 El profesor ghanés Albert Adu Bohen calcula el incremento de la población africana en casi un 40%, tras una disminución inicial en los 3 ó 4 primeros decenios. Dicho aumento se debió a la creación de una base económica, la extensión de la red de carreteras y ferrocarriles que permitía el arribo de los alimentos a zonas alejadas, así como a las campañas contra las enfermedades endémicas, como la peste bubónica y la fiebre amarilla. Ver: *El Correo de la UNESCO* 1984 mayo, p. 36.

África Subsahariana, que había tributado durante la trata esclavista a la acumulación europea, continuó en la etapa colonial beneficiando al capital europeo. De esta manera, no solo se le negó la posibilidad de un decursar capitalista como el europeo –por demás poco probable debido a las características de la región–, sino que al mismo tiempo se la relegó a un papel que puede calificarse de retrasado a nivel mundial, no solo en cuanto a los países industrializados, sino también a otras regiones del Sur que, en esta etapa, aunque con inmensas deformaciones, tenían una mayor participación en la economía mundial y clases sociales fuertes –comparadas con las de África Subsahariana–, donde sobresalían los sectores terratenientes y burgueses (nacional y comprador).

En el período comprendido entre las dos guerras mundiales, se beneficiaron las producciones destinadas a la exportación, dando cierto relieve a la explotación minera con una tecnología simple, mientras la producción alimentaria quedaba marginada. Después de la Segunda Guerra Mundial, el papel predominante lo ocuparon la minería y la industria extractiva, aunque se mantenía la producción en las plantaciones para la exportación y se continuó marginando en gran escala la agricultura.

Los países africanos se convertían en monoprodutores y dependientes del mercado metropolitano, al tiempo que la explotación económica se circunscribía a las áreas –enclaves– necesarias para la explotación colonial, lo que hacía nacer desniveles –inclusión y exclusión– de determinadas áreas en la explotación capitalista. Además, se utilizaban técnicas muy rudimentarias, por la disponibilidad de fuerza de trabajo.

El aseguramiento infraestructural para los enclaves y áreas beneficiados por la explotación capitalista produjo migraciones, primero en su propia construcción y mantenimiento, como en el caso de los mosis. Los movimientos poblacionales de este grupo se iniciaron con la trata esclavista, pero se potenciaron y regularizaron con la construcción de los ferrocarriles, cuando miles –calculados en 50 mil– de mosis fueron forzados a construir el ferrocarril hacia Abidjan.

Posteriormente, el mejoramiento de las comunicaciones internas –la construcción de carreteras y ferrocarriles, y la navegación fluvial– favorecieron la rapidez de las migraciones intracontinentales de un lugar a otro. Estas mejores condiciones de transportación fueron aprovechadas por los gobiernos coloniales en la práctica del trabajo forzado.

Las fórmulas de dominación y explotación del poder colonial incluyeron el trabajo compulsivo para las producciones capitalistas –plantaciones, minería–, el pago de impuestos, el sometimiento de regiones completas a cambiar sus formas naturales de producción y sus cultivos,

el robo de tierras, entre otras. Se provocó un conflicto permanente entre la agricultura tradicional –base esencial de la economía africana– y el trabajo agrícola contratado. En la práctica, esto implicó movimientos poblacionales coercitivos. Por supuesto, la economía rural doméstica fue la más perjudicada, al sufrir un deterioro cada vez mayor.

Para cumplir los propósitos metropolitanos, no se necesitaba una mano de obra estable y especializada, sino barata y renovable; para los trabajos especializados se utilizaba en su mayoría a los blancos. Esto provocó que la migración europea hacia África se incrementara enormemente¹⁸.

Las migraciones africanas –casi siempre temporales– tenían lugar hacia los enclaves mineros y las plantaciones, ya que eran más rentables para las inversiones y garantizaban una rápida acumulación. Al mismo tiempo, surgía un nuevo germen de conflicto social que, al decir de Charles Van Onselen (citado en Ranger, 1987: 86) era una “[...] nueva dimensión de la resistencia a lo largo de toda la temprana red colonial interterritorial de trabajo migratorio”, lo que reforzaba el retroceso de la agricultura tradicional, y el abandono de la producción de alimentos¹⁹.

Como suscribe Mekuria Bulcha (1988: 19): “La resistencia al trabajo forzoso y los impuestos fue enfrentada brutalmente por las instituciones coloniales, causando el desplazamiento interno y la huida a través de las fronteras coloniales”. Las nuevas agencias de reclutamiento de trabajadores buscaron mano de obra no calificada para que trabajara en las minas²⁰.

18 Entre 1825 y 1935, la presencia europea pasó de 135 mil a 4 millones de personas (Cortés, 1977: 11).

19 Esta situación adquirió dimensiones dramáticas si tenemos en cuenta –como hemos señalado anteriormente– que esas migraciones ocurrían por coacción, reclutamiento compulsivo, etc.; un ejemplo es el caso de las colonias francesas y su sistema de “indigenado”: “El indígena estaba privado de todo derecho. Debía soportar el peso del trabajo forzoso: era requerido para los cultivos obligatorios, el transporte, los trabajos administrativos, carreteras, edificios o para las necesidades de los colonos y de los jefes. No tenía otro medio de escapar a la arbitrariedad del administrador, policía o juez más que huyendo a otras colonias vecinas” (*ibid.*, 13).

20 “En Angola, en el valle del Zambeze y en Katanga [...] los agentes de reclutamiento para las minas del sur competían con agentes de las plantaciones portuguesas de trabajo forzado en la ensenada de Benin” (Denoon citado en Ranger, 1987: 85).

Otros ejemplos son los de ruandeses en Uganda y de Alto Volta en la Costa de Oro. Durante la epidemia de fines de los años veinte, 25 mil ruandeses migraron a Uganda. C. Coquery-Vidrovitch (1987: 392) plantea que: “[...] se produjo asimismo una huida del trabajo forzoso comparable a la que recurrieron los mossis de Alto Volta, que encontraron refugio en la Costa de Oro”. El cacahuete en Senegambia atrajo mano de obra temporal hacia el curso superior de los ríos Senegal y Níger; lo mismo sucedió con el cacao de la Costa de Oro y Costa de Marfil con trabajadores mossis de Alto Volta, y con el café de Uganda con trabajadores de Ruanda, Burundi y Tanganica (Rodney, 1981: 370).

Países enteros se convirtieron en reservorios de mano de obra barata, forzada a trabajar en otros territorios: Mozambique, Ruanda y Burundi eran reservas de mano de obra de Rhodesia del Norte, Rhodesia del Sur y del Congo Belga; la zona del Volta proporcionaba trabajadores mossis para las plantaciones de cacao en Costa de Marfil y la Costa de Oro.

Al trabajo obligatorio masivo se unieron migraciones de supervivencia; de ahí surgió una interminable red de trabajadores migratorios que recorrían grandes distancias en busca de trabajo remunerado y que, en la mayoría de los casos, retornaban a sus lugares de origen. En algunas ocasiones, esto fue motivado por el desalojo de que fueron objeto o porque eran obligados a cultivar determinados productos, quedando el autoconsumo en situación muy precaria. A fines de la década del veinte, casi 200 mil migrantes anuales iban de la sabana a la Costa de Oro y Nigeria (Canale, 1968: 246)²¹.

El robo y la enajenación de las tierras, sobre todo donde el colono fue amplio, motivaron el desplazamiento de miles de personas, que en muchos casos se integraban a las redes de trabajadores migratorios. En Kenya, “[...] los kikuyus perdieron cerca de 494 mil doscientos veinte acres, mientras 100 mil de sus miembros tuvieron que comenzar a trabajar en otras labores” (Kaniki, 1987: 420). A principios de siglo, a los masais “[...] les quitaron el doble de la tierra, primero en 1904 cuando los trasladaron a una reserva en Laikipai y, después en 1911, cuando fueron trasladados nuevamente” (*ibid.*). Sin embargo, en 1930, en Kenya “[...] el 64,8% de la tierra disponible para los europeos no estaba sometida a ningún tipo de actividad agrícola productiva” (*ibid.*).

Conjuntamente con los movimientos inter-rurales comenzó a incrementarse la migración campo-ciudad, primero, como necesidad de los colonialistas para poder sostener la administración y las industrias secundarias de las ciudades. Luego, muchos africanos trataban de escapar –casi siempre de forma temporal– en busca de trabajo remunerado que contribuyera a aliviar la situación familiar. En el África francófona “[...] la emigración urbana a gran escala empezó precisamente cuando se produjo la gran crisis. Entre 1931 y 1936 las poblaciones de Dakar y Abidjan aumentaron al 71%, mientras la de Conakry se duplicó” (Coquery-Vidrovitch, 1987: 401-402).

Entre los obstáculos para el desarrollo en África, se incluye, entre otros, la rápida migración del campo a la ciudad. La última se genera por las condiciones de vida en las zonas rurales, pero crea crecientes anillos de miseria en las grandes urbes.

21 En los cinturones productivos del Norte y Sur de África Occidental, las MMF habían sido algo cotidiano y durante la etapa que analizamos se mantuvieron.

Aunque con posterioridad se estableció la mano de obra asalariada y los contratos de trabajo, en muchos casos y lugares se mantuvo la compulsión para ello. Además, la mano de obra migratoria temporal se mantuvo como patrón, de forma generalizada, debido esencialmente a la necesidad –forzada– de los africanos de obtener dinero, lo que se superponía a los patrones migratorios tradicionales que también se mantenían, sobre todo, los de los grupos ganaderos.

Las corrientes migratorias iban definiendo sus direcciones principales, donde el factor “forzoso” desempeñaba un papel protagónico: hacia las plantaciones, las minas, las zonas de cultivo tradicional para la exportación y las ciudades. En la casi totalidad de los casos, el trabajo realizado era no calificado. Una gran parte de la fuerza de trabajo quedaba al margen de la producción tradicional; pero, al mismo tiempo, la esfera capitalista era incapaz de absorberla. Nacía así un rasgo permanente del subdesarrollo: la exclusión y marginación de una parte significativa de la fuerza de trabajo.

Los expertos coinciden en que: los Estados periféricos “son remodelados para que se ajusten a las demandas exteriores, y los desequilibrios estructurales resultantes provocan la emigración” (Papademetriou, 1984: 435). Pero, en el caso africano, no solo la migración fue impulsada por las necesidades propias de los hombres vinculados a la agricultura tradicional en su afán por sobrevivir, tras la exclusión deliberada de la economía tradicional, sino que estos fueron obligados, compulsados y violentados a hacerlo.

Entre las deformaciones estructurales esenciales a las que fue sometida la economía de África Subsahariana, que ha sido uno de los impedimentos para avanzar hacia el desarrollo, encontramos la desestructuración de los sectores que integraban la fuerza de trabajo en prácticamente todo el continente y que integraron las filas de los migrantes. Según Samir Amin (1994: 101) “[...] la colonización prosiguió la vieja tradición del tráfico esclavista: una explotación por saqueo, que no garantizaba ni la reproducción de la fuerza de trabajo a largo plazo ni de las condiciones naturales de producción”.

Mientras en otras subregiones de África Occidental, Central y Oriental predominó la administración directa o indirecta, y la actividad económica se basó esencialmente en el comercio de productos tradicionales para la exportación y el establecimiento de las plantaciones, en África Meridional los regímenes de minoría blanca desempeñaron un papel protagónico –en Sudáfrica y Rhodesia del Sur²²–

22 Rhodesia del Sur había recibido el status de autonomía interna en 1923. Las colonias portuguesas sufrieron el control y la explotación colonial fascista desde 1926; uno de sus objetivos fue establecer un modelo de “colonia de poblamiento”,

y fueron favorecidos en sus actividades económicas. Esto posibilitó niveles superiores de explotación económica –en beneficio del sector blanco– que, por demás, disponía de una mano de obra muy barata y superexplotada, la mano de obra africana.

Esa explotación económica vino acompañada del establecimiento de nuevas estructuras por parte del poder colonial, que trajo consigo contradicciones, como las que se manifestaron por la superposición capitalismo-tradición; la implantación de proselitismos religiosos; el favorecimiento y apoyo a determinados grupos en detrimento de otros; la creación forzada de sistemas e instituciones jurídicas, económicas y políticas; la implantación de colonatos blancos, etc. Todo lo anterior fertilizaba el terreno en cuanto a divisiones territoriales, étnicas, de culto y otras, que se revertirían en conflictos constantes en la postindependencia.

El dominio colonial en sus nuevas fronteras²³ no zanjó las disputas internas, más bien las exacerbó; sobre todo porque los colonialistas se apoyaron y favorecieron unos grupos sobre otros. En este caso, la utilización del elemento tradicional por parte del colonizador devino factor esencial en los mecanismos metropolitanos de control sobre sus colonias.

A pesar de operar en un marco territorial delimitado el Estado colonial no llegó a concretar la unificación nacional debido, esencialmente, a la propia dinámica y composición de ese espacio y a los objetivos de su presencia. Aunque las estructuras tradicionales se integraron en cierta medida al aparato de control colonial, siguieron funcionando hacia el interior de sus propias comunidades, lo que reforzó la identidad de cada grupo.

La subordinación del poder tradicional y de la actividad civil de la sociedad al Estado “omnipotente” –y a las minorías blancas en determinados casos– llevó a un primer plano el conflicto entre Estado y sociedad, que se manifestó en su sentido más amplio como la lucha entre colonia y metrópoli. Finalmente, esta contradicción dio paso a la independencia africana.

sobre todo en Angola, pero, esto no se logró. Asimismo, la debilidad portuguesa motivó que el “colonialismo colectivo” fuera una realidad en Angola.

23 Una de las acciones coloniales que constituiría una fuente de futuras pugnas, como hemos apuntado anteriormente, fue la demarcación de las nuevas fronteras. En el momento de la división territorial, muchas personas pertenecientes a determinados grupos quedaban mayoritariamente al otro lado de la frontera. Las entidades más avanzadas se vieron divididas, pueblos unidos políticamente y grupos etnolingüísticos se encontraron separados por las fronteras coloniales. Los bakongo se ubicaban en el Congo “Belga”, el Congo “Francés”, Angola y Gabón; los ewe, en Ghana, Togo y Benin; los somalíes, en Etiopía, Kenya, Somalia, Djibouti, etcétera. Este sería uno de los aspectos esenciales que se revertiría en crónicas disputas interterritoriales y fronterizas en el período postcolonial entre Ghana y Togo, Somalia y Kenya, Somalia y Etiopía, Sudán y Uganda, Angola y Zaire, entre otros; fuente de refugiados y desplazados.

Diversos son los criterios en torno a la utilización del elemento tradicional en la sociedad colonial y las diferencias de métodos utilizados por el colonialismo; pero, con independencia de la diversidad de puntos de vista, prácticamente todos coinciden en que fue manipulado y, en última instancia, a pesar de los cambios que sobre la vida y el poder tradicional ejerció el colonialismo, la vida tradicional se mantuvo en la sociedad de África Subsahariana, ahora con la impronta y en función de la modernidad.

Los intereses coloniales modificaron los propósitos de las instituciones básicas africanas: de acuerdo con las particularidades de cada caso, distorsionaban sus funciones y las debilitaban, estableciéndolas o eliminándolas donde fue necesario. Todos los jefes que opusieron resistencia a los colonizadores fueron depuestos y sustituidos por otros más “flexibles”. Según H. A. Mwanzi (1987: 17) “[...] con frecuencia, los que hacían una alianza con los británicos eran recompensados con puestos tales como jefaturas en el sistema colonial”.

Precisamente, la convivencia de las instituciones tradicionales – modificadas a partir de los intereses europeos– con las coloniales garantizaba, tanto en el *gobierno directo* como en el *indirecto*²⁴, el control de la población nativa. El poder colonial influía negativamente sobre el carácter solidario y “democrático” de la sociedad africana. Si bien es cierto que “Las sociedades tradicionales africanas no han tenido todas la misma organización política” (Matala Kabangu, 1996: 49), no podemos pasar por alto que un elemento bastante común de estas sociedades fue la presencia de una autoridad política dotada de un poder consensuado.

La acción colonial comenzó a actuar negativamente sobre la organización política tradicional. En ese contexto, el papel del jefe cobró una importancia extraordinaria, y su papel “tradicional” se fue ampliando a funciones administrativas, con “autorización legal para ejercer la autoridad, como el elemento básico de la estructura administrativa”²⁵. El poder nativo se dedicaba, esencialmente, a funciones de administración como recaudar impuestos, reclutar mano de obra, etcétera.

La gobernabilidad colonial requería la coexistencia de dos formas organizativas, aunque en última instancia la metrópoli constituía el poder real. Este modelo de control y gestión hacía emerger profundas contradicciones en la sociedad africana, que también se manifesta-

24 Fórmulas de dominación y explotación colonial francés y británica, respectivamente.

25 Para profundizar, consultar: Betts, F. 1987 “Métodos e instituciones de la dominación europea”; y Adu Bohen, A. 1987 “El colonialismo en África: su impacto y significado” (p. 344), ambos en *Historia General de África. África bajo el dominio colonial (1880-1935)* (UNESCO: Tecnos) Tomo VII.

rían de forma aguda en la etapa postcolonial, sobre todo debido a las rivalidades en torno al poder entre las elites tradicionales, las procolonialistas y los nuevos sectores sociales, entre otros.

La implantación de lo moderno de forma tardía, irregular y en función de intereses foráneos, en su correlación sistémica, unitaria y excluyente con lo tradicional, al que subordinó, confirió particularidades al desenvolvimiento histórico del África *Negra*, que cada vez acumularía más elementos de inestabilidad social y conflictos, así como el aumento de problemas estructurales, incluyendo el movimiento poblacional.

SUDÁFRICA Y EL COLONATO BLANCO

En África Meridional, al igual que en el resto de África Subsahariana, la ocupación del territorio se completó en esta etapa. En 1914, con la derrota de Alemania en la Primera Guerra Mundial, el mandato de África Sudoccidental (Namibia) –según la Liga de las Naciones– fue otorgado a Gran Bretaña, quien lo pasó a manos sudafricanas. Portugal –el otro país europeo con intereses en el área– no *molestaba* mucho a Londres, pues estaba prácticamente subordinado a los británicos.

Por su parte, las contradicciones entre británicos y afrikaners finalizaron en lo esencial con el triunfo de los primeros en 1902 –término de la guerra anglo-boer– y con una alianza por la necesidad de enfrentar y dominar a la mayoría africana. En fecha tan temprana como 1910, el gobierno británico le otorgó la autonomía a la Unión Sudafricana.

En esta etapa, Sudáfrica se consolidó como polo y centro de atracción de la subregión, debido, sobre todo, al descubrimiento y explotación de los yacimientos de diamantes en Orange (1867) y de oro en el Transvaal (1886). La economía capitalista se fortalecía, combinando la actividad agrícola, la febril actividad comercial e industrial y de aseguramiento infraestructural.

La mano de obra era barata, cada vez con una escala y un rigor mayores del trabajo forzado masivo. La economía de “reservas” –que mantenía la producción tradicional– aseguraba la migración hacia el sector capitalista. En 1913, el Acta de la Tierra despojó a los africanos, haciendo que estos quedaran como trabajadores forzados en lo que habían sido sus tierras. A la “reserva” sudafricana se unió la “reserva” permanente de los países de la subregión hacia las minas de Sudáfrica.

Los primeros contratos portugueses de mano de obra mozambicana hacia Sudáfrica datan de 1896. Posteriormente, por acuerdo entre los gobiernos de Portugal y África del Sur en 1909 –conocido como Convención de Mozambique, que después fuera renovado–, Mozambique suministraría un mínimo de 100 mil hombres anualmente para trabajar en las minas sudafricanas. Entre 1913 y 1930, migraron hacia Sudáfrica

un total de 900 mil hombres provenientes de la región austral, de los cuales 35 mil murieron (Coquery-Vidrovitch, 1987: 392)²⁶. De esta forma se iba conformando el constante trasiego de migrantes económicos de África Austral hacia Sudáfrica, que se ha mantenido hasta nuestros días.

Horace Campbell (1995: 3) al valorar cómo se ejercía la gobernabilidad metropolitana bajo el colonato blanco, señala: “La dictadura del colonato blanco aseguraba que todos los aspectos de las relaciones sociales estuvieran regidas por relaciones de fuerza. La fuerza era utilizada para robar tierras y eliminar a los campesinos africanos de sus comunidades”.

En este caso, la migración fue uno de los soportes del desarrollo de la economía sudafricana, controlada por los blancos; mientras tanto, las consecuencias para el resto de los países de la subregión y para los pueblos autóctonos sudafricanos, así como para la economía tradicional, serían negativas. Asimismo, las migraciones institucionalizadas son un rasgo muy temprano en la economía sudafricana.

La institucionalización del apartheid en 1948 no solo sentó pautas socioeconómicas y políticas que condujeron a un fortalecimiento del poder blanco y a un aumento de la dependencia económica de los países fronterizos con respecto a Sudáfrica; sino también imprimió particularidades a las migraciones en la zona. En este sentido, la segregación ya institucionalizada, por una parte, limitaba el movimiento y las migraciones hacia determinados lugares; pero, por la otra, ocasionaba periódicamente migraciones forzadas a partir de los intereses económicos del poder blanco. A su vez, la lucha contra el apartheid hizo que muy tempranamente apareciera el refugiado “político” –de acuerdo a la Convención de 1951.

LEGADO COLONIALISTA

Los países subsaharianos se integraban a la división internacional del trabajo de manera dependiente y subordinada. Al interior se evidenciaban serios problemas estructurales, a los que se agregaron desequilibrios demográficos y las difíciles condiciones de vida, tanto de los que se mantuvieron en la agricultura tradicional –fundamentalmente, las mujeres y los hombres más viejos–, como de los que se incorporaron a las actividades del Estado colonial. Como apunta Suret-Canale (1968: 99):

Así se acentúa la evolución que ya había caracterizado a la sociedad africana desde el comienzo de la trata: una lenta descomposición de los marcos sociales tradicionales, una agudización de las contradic-

26 Para profundizar, ver: Kombo, Moyana, J. A. 1976 *Economia Política do Sistema de mão-de-obra Migratória. Centro de Estudos da Dependência. A África Austral em Perspectiva-1. Descolonização e neocolonialismo* (Lisboa: Iniciativas Editoriais).

ciones internas, no sobre la base de un progreso de las condiciones de producción, sino por un éxodo continuo de las riquezas productivas y una miseria cada vez más profunda y generalizada.

Este planteamiento resume por qué la etapa colonial condicionó no solo las contradicciones colonia-metrópoli, sino también las pésimas condiciones socioeconómicas y los niveles de conflictos –cotidianos y permanentes posteriores. La impronta colonial desencadenó el conflicto en todos los órdenes de la vida, debido al distorsionamiento de las bases estructurales de las sociedades subsaharianas, que se traducirían posteriormente en los niveles de subdesarrollo más alto del mundo.

Ya en esta etapa, aunque los conflictos mantenían un carácter local-bilateral, lo hacían no en un plano geográfico continuo, sino, sobre todo, extracontinental, entre la colonia y la metrópoli. Al mismo tiempo, surgía una contradicción global, fuente de futuros conflictos con diversas manifestaciones: la contradicción Norte-Sur.

La ocupación de África trajo un período de “paz colonial”, pues cesaron o se redujeron las guerras entre los pueblos africanos. Sin embargo, “después aparecieron con pautas diferentes”, y no solo eso, la “paz colonial”, mantenida por la fuerza, engendró conflictos futuros vinculados a nuevas fórmulas de dominación, explotación e intereses.

La transferencia de nuevas estructuras y fórmulas de poder y explotación, sobre la base de la dominación colonial, dio paso a nuevas realidades que llegaron a formar parte de un contradictorio escenario subdesarrollado, en el que los conflictos y las migraciones ocuparían un lugar destacado. En este contexto histórico, los países al sur del Sahara arribaron a la independencia. Los gobiernos africanos en el poder tenían que enfrentar un enorme reto: por un lado, mantener la independencia lograda; por otro, y sobre todo, buscar vías y proyectos para el desarrollo.